

**¿POR QUÉ LA ENCÍCLICA
SOBRE EL ESPLENDOR DE LA VERDAD?
Para que la libertad del hombre quede fascinada
por la verdad sobre el hombre...**

TADEUSZ STYCZEN

La verdad sobre el hombre pone a su libertad fronteras intran-sitables. Al hacerlo, se constituye en un celoso guardián de ellas. Basta percibir la verdad una vez, para encontrarse en adelante en la atadura de sus absolutas exigencias. Más aún, basta percibirla para que el mismo hombre se vea obligado a colocarse en esta atadura. Sus advertencias, sus toques de alarma se presentan a nuestra libertad —es decir, a nosotros mismos— más que en la forma de un imperativo «¡no puedes!», en la forma de un auto-imperativo: «¡no puedo!» Todo esto se realiza en virtud de una especie de «trampa» —en que se encuentra el hombre— gracias al conocimiento que adquiere de sí mismo. Curiosamente, en cuanto él mismo se la prepara... conociéndose a sí mismo. ¿Acaso la llamada «voz de nuestra conciencia» no es la voz de la verdad en lo referente a nuestra identidad, la voz de la verdad, a la que sólo nosotros mismos podemos permitir que nos hable a través de su conocimiento? ¿Acaso no somos nosotros mismos los que le permitimos que tome la palabra, no somos nosotros mismos que en su nombre nos hablamos a nosotros mismos, identificándonos por completo con su voz? Aquí se encuentra la más profunda raíz de la normatividad moral de la conciencia y de su fuerza acusadora: nosotros mismos tenemos que admitir el papel de ser nuestros propios acusadores y a la vez reconocernos como acusados frente a la verdad, cuando hacemos el acto de libre elección en contra de la verdad sobre nosotros mismos.

Precisamente este aspecto de la verdad y de su fuerza —que obliga a la libertad humana a través de su conocimiento— es lo que puso de relieve Sócrates. Sócrates fue el primero en enseñar que basta con que el hombre se conozca a sí mismo, para que automáticamente pueda prohibirse todo lo que contradice a esta verdad. La razón de esta prohibición reside solamente en la fidelidad a esta verdad, es decir, en la fidelidad a sí mismo. Ponerse en contra de la verdad del propio ser equivale a ponerse en oposición consigo mismo. J. Maritain afirmó incluso que por este motivo debería concederse a Sócrates el título honorífico de «fundador de la moral».

¿Todo esto acaso no confirma la inquietud de que precisamente la verdad sobre el hombre limita su libertad y se presenta como su mayor amenaza? La razón es que es el mismo hombre el que descubre la verdad, y luego en su nombre —es decir en el nombre de su propia identidad— impone a su libertad la obligación de confirmar esta verdad con actos adecuados que son los actos de su libre elección. Pero entonces, ¿la verdad misma, en cuanto verdad descubierta, no encorseta la libertad hasta el punto de que impide al hombre actuar con plena autonomía, de modo que limita su autodependencia, su soberanía? ¿Acaso no la esclaviza con esto, e incluso no la aniquila por completo? ¿Podemos afirmar que si la libertad está así de esclavizada, sigue siendo todavía libertad, y que el hombre que es sujeto de ella, guarda todavía su propia identidad, es decir, sigue siendo todavía un hombre?

Esa es la pregunta. Al mismo tiempo esa es la *pregunta por la esencia del hombre, de su libertad y de la moral.*

Efectivamente, no faltan quienes piensan que para salvar la libertad del hombre y su identidad es necesario librar a aquella de la «dictadura de la verdad sobre el hombre» y conferirle sólo a ella la potestad de decidir cual es la verdad sobre el hombre. Piensan algunos que sólo en el cambio de esta relación entre la libertad y la verdad se descubrirá la verdadera esencia del hombre y de su libertad. Se habla, en consecuencia, de la necesidad de una *vuelta antropológica* («antropologische Wende», «svolta antropologica»), y de un replanteamiento de la ética. Este replanteamiento consiste, sobre todo, en una nueva visión de la conciencia. La conciencia debe ser no tanto un *lector de la verdad sobre el hombre*, que descubre la naturaleza

humana y las leyes que obligan su libertad, cuanto una conciencia creadora de la verdad sobre el hombre, un arquitecto del mismo hombre. La naturaleza se presenta en esta perspectiva solamente como un material de construcción, mientras que el papel de la conciencia sería guardar la libertad en cuanto pura autodependencia, y ser una instancia que está exclusivamente y por completo en la gestión de su propia soberanía. Solamente de esta manera sería posible salvar a la vez la libertad del hombre y su identidad personal.

Pero en contra de semejantes sospechas sucede exactamente al revés. Ante todo, la libertad puede —siempre que lo desee y decida— traspasar las fronteras que la verdad sobre el hombre pone como fronteras intransitables. Pero lo debe hacer, y lo *puede* hacer solamente, *sabiendo que* en ese preciso momento está *traspasando esas fronteras* y que por eso agrade a la dignidad humana, tanto de los demás como la suya propia. Tal vez esto se hace más patente en el caso en que se quita la vida a alguien totalmente indefenso e inocente. En este caso, la libertad se transforma en algo arbitrario, en una *libertad anarquista y totalitaria, en la libertad que esclaviza a los demás y se mata a sí misma*. Al imponer cadenas a la verdad, la libertad no sólo esclaviza a los demás sino que también se ata a sí misma. Experimenta entonces una deformación que paradójicamente tiene su origen en las fuerzas de su propio dinamismo.

Esto lo han percibido con exactitud todos aquellos que en Polonia, en los tiempos de «Solidaria conmovión de las conciencias» exigían: «¡Que Polonia sea Polonia: 2+2 han de ser siempre cuatro!» ¿No ha significado esa verdad para aquella gente —y no sigue significando para la gente de todos los tiempos— que «para que la libertad sea libertad tiene que respetar siempre la verdad»? ¿Aquel grito no se presenta como una manera diferente de expresar la misma realidad de que el *esplendor de la libertad humana vive y brilla solamente en el esplendor de la verdad*; que la libertad se confirma a sí misma siempre y solamente cuando entrega todo su poder en servicio de la verdad; y que reina cuando sirve a la verdad?

La triste y dolorosa experiencia de la violencia en los tiempos del totalitarismo ha puesto al descubierto —como un contraste trágico— precisamente este aspecto de la libertad. Ha revelado que toda evasión de la verdad, todo intento de someter la verdad a la

libertad, trae como consecuencia la evaporación de la misma libertad, lo cual significa que se convierte inevitablemente en su traición. Ese sometimiento es siempre un acto de capitulación ante la violencia. Capitulación que se transforma al fin y al cabo en una forma de auto-esclavitud a través de la mentira de que uno mismo se hace objeto. ¿Se puede pensar en una forma de esclavitud peor que ésta? ¿No es ésta el suicidio de la libertad?

Por eso Jesús resume toda la enseñanza moral de su Evangelio en las palabras: «*Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*» (Jn 8, 32).

El conocimiento de la verdad sobre el hombre y el enraizarse en ella con su libre elección constituye el único camino para alcanzar la plenitud del ser hombre, la plenitud de la vida y la plenitud de su libertad. *El uso de la libertad contra la verdad, salirse del camino de la verdad, equivale a apartarse de la libertad y perderse en el extravío.*

Arrancar la libertad humana de la raíz que es la verdad sobre el hombre ha llevado en nuestro siglo —lo mismo en el ámbito de la vida individual, que en la historia de naciones enteras— no solamente a una hecatombe de aniquilación física de millones de existencias humanas, sino sobre todo, ha causado el suicidio moral de todos aquellos que pretendían manifestar y confirmar su libertad a través del derecho a matar a los demás. La violación de esta verdad resultó igualmente mortífera para las instituciones con cuya ayuda esta libertad intentaba justificar el derecho a matar. En definitiva, han padecido un desprestigio radical obras tan elevadas de la cultura socio-política como son las instituciones del *Derecho* y del *Estado*. Un símbolo trágico de esta situación fue la experiencia de Auschwitz expresada en las palabras: «Homo homini...»¹.

1. El autor hace referencia a una obra literaria polaca titulada «Medaliony» que habla de la tragedia de Auschwitz. La autora Zofia Nalkowska hace hincapié no tanto en el sufrimiento y maltrato físico de los prisioneros, como en el aspecto moral de este hecho. En este sentido afirma, parafraseado el dicho latino: «Homo homini lupus est», que «el mismo hombre ha preparado al otro hombre este destino...». Al mismo tiempo es la pregunta moral destinada a toda humanidad de cómo ha podido ocurrir que un hombre haya sido capaz de hacer todo esto a otro hombre.

¿No ha estado detrás de aquella actuación esta libertad desarraigada de la verdad sobre el hombre? ¿No fue ésta la verdad de quienes, en nombre de la sociedad, han proclamado, con la mayoría de sus votos, que ellos tienen la capacidad de decidir quién merece ser reconocido como un ser humano y quién no, y sobre ese principio han declarado que son ellos los que pueden conferir al Estado el poder de matar gente inocente con todas las garantías de la ley?

En este momento hay que responder a una pregunta fundamental: ¿puede la libertad del hombre concederse efectivamente a sí misma esta *potestad creadora de la verdad* y, en consecuencia, *de la norma moral*, tal como es opinión bastante extendida entre nuestros contemporáneos? La tragedia del «Homo homini...» de Auschwitz contiene la respuesta a esa pregunta. Es una respuesta y al mismo tiempo una amonestación. Indica también el cambio que se debería hacer en la visión del hombre si se admite esta idea de que su libertad es capaz de otorgarle el poder de decidir qué es la verdad. Esta respuesta arroja también luz sobre unas formas, todavía más refinadas, de conceder a la libertad humana el poder normativo de su actuación. Se trata sobre todo de los intentos que proponen reconocer la conciencia como instancia normativa absoluta y definitiva, como una realidad que determina definitivamente esta verdad, y no como algo que, en último término, determina solamente la verdad de los actos morales.

Estos intentos no pueden —después de la experiencia del Holocausto— no despertar inquietud. ¿Acaso no es la visión de la conciencia que crea la verdad, la que se encuentra detrás de estas proposiciones, replanteadas una y otra vez, de modo que verdades tan obvias e indiscutibles como la absoluta obligación de proteger la vida del hombre inocente de cualquier atentado, o la obligación de reconocer los derechos de cada persona, se hacen depender de una decisión, por ejemplo de la decisión de un referéndum? ¿Tiene sentido y es moralmente legítima cualquier discusión sobre la defensa de la vida del hombre inocente que no sea la discusión sobre cómo mejor protegerla frente a todo atentado?

En la encíclica «*Veritatis Splendor*», Juan Pablo II aprovecha esta experiencia tan trágica de este siglo que poco a poco se va acabando, para avisar no solamente a todos los que ahora viven en la

tierra, sino también a las generaciones que vendrán después de nosotros, del peligro que lleva consigo la depravación de la conciencia, que es el resultado de romper la relación entre la libertad humana y la verdad sobre el hombre. Avisa del peligro que es colocar la libertad por encima de la verdad. Apoyándose en esta experiencia, el Papa quiere una vez más sensibilizar a todos —no solamente a los Cristianos— del contenido extraordinario de la palabra que Jesucristo pronunció sobre el hombre, y particularmente en lo referente a su relación con la libertad y la verdad: «*Conoceréis la verdad y la Verdad os hará libres*» (J 8, 32).

El hombre es auténticamente libre cuando se rige a sí mismo. Pero solamente se rige a sí mismo cuando se rige con la verdad de su propio ser, cuando la descubre de manera acertada, y cuando se enraíza en la libre elección que de ella hace. El esplendor de la libertad proviene del esplendor de la verdad sobre el hombre. El resplandor de la libertad brilla con el resplandor de la verdad.

Juan Pablo II quiere recordar a los hombres de nuestro siglo, extraviados y que experimentan una profunda crisis moral, que el único camino que les puede llevar hacia el regreso a sí mismos y hacia su salvación, hacia la liberación y hacia la confirmación de su propia libertad, viene a través del conocimiento de la verdad de ellos mismos y a través de la difícil y valiente elección de esa verdad.

El camino de «la libertad en la verdad» no es un camino fácil, pero solamente en este camino el hombre, ser racional y libre, descubre y se salva a sí mismo, se realiza y fortalece como hombre, «vive y además vive en plenitud». A la libertad asustada por el peso de la verdad, el Papa le recuerda, que precisamente por eso el mismo Dios-Hombre que es «el Camino, la Verdad y la Vida» decidió entrar en el mismo camino, por el cual anda el hombre. El vino a estar con el hombre para iluminar hasta el fondo la verdad de su grandeza y transmitirle la fuerza para poder llevar su carga. Vino para ayudarlo a reconocer el bien y a fortalecerle a la hora de la elección para que el hombre «tenga la vida y la tenga en abundancia».

Por eso la encíclica de Juan Pablo II «*Veritatis Splendor*» trata de fascinar la libertad humana con la arrebatadora plenitud de la verdad sobre el hombre, para que él, al descubrir su propia dignidad,

se decida a elegirla, sabiendo que en la lucha por esta grandeza no está nunca solo. Está a su lado siempre Dios-Hombre, el Redentor del hombre, Jesucristo, inagotable fuente de luz y de fuerza, dispuesto a ayudar a la libertad enfrentada con el desafío de la verdad. Pero esta fuente de la luz y de la fuerza ¿no se convierte al mismo tiempo en el origen de la esperanza y del ánimo para nosotros, al mostrarnos que cada uno es capaz de llevar este peso de su dignidad, ya que el hombre, cada hombre *«todo lo puede en Aquel que le conforta,* (Flp 4, 13)?

Tadeusz Styczen
Universidad de Lublin
LUBLIN (POLONIA)